

ESPINER

V-47-1165



Cuentos en flor

Con censura



LEÓN

Imp. Católica: Pablo Flórez, 20

1922

*A su cristiana y venerable madre, doña
Luisa Cuñado, eleva esta cariñosa ofren-
da de primicias literarias*

El Autor

Boje

R. 2073

ARCHIVO HISTÓRICO
PROVINCIAL
VALLADOLIDD G
D

¡Al amparo de una cruz....!

I

La tarde caía tras las montañas con un tinte de indefinible tristeza. ¡Qué sombrío era el color del cielo! Semejaba un inmenso crespón plumizo. El viento gemía tristemente al doblar las cumbres y se oía el crujir de las ramas desnudas de los árboles...

Una pobre mujer, vestida de harapos, seguía la vereda que comenzaba a internarse en la espesura de un bosque: con angustias en el alma, porque habíase extraviado en aquellas soledades; con el cuerpo aterido de frío, porque la tarde lloviznaba hielo. A sus espaldas llevaba un saco con mendrugos que recogiera el día anterior de puerta en puerta. En su gracioso

R. 25582

T. 95243

C. 1115923

rostro había dejado profundas huellas la desgracia; el dolor había surcado su frente con hondas arrugas. ¡Era una flor sorprendida por el cierzo al caer de la tarde!

Seguía de cerca un pobre niño. Vestía también de remiendos, desechados quizás ya por otros pobres. También a sus espaldas llevaba un viejo saco con mendrugos. El hambre habíale bañado el rostro de ligera palidez. ¡Era un capullo de rosa con savia empobrecida!

—Corre, Luisín, corre, no me hagas esperar.

—¡Ay, madre! Si ya no puedo...

El viento, en ráfagas heladas, cruzaba el rostro y azotaba cruelmente las piernas del pobre niño.

—Madre, ¿qué es aquello que se ve a lo lejos?

—Debe de ser, por las trazas, un castillo; una morada acaso de grandes señores.

—Pues vamos allá, que alguna alma buena ha de haber que nos recoja esta noche.

Caminaron en silencio largo rato. El color del cielo seguía simulando un inmenso crespón plomizo; gemía triste el viento al doblar las cumbres, y se oía el crujir de las ramas desnudas de los árboles.

II

Había comenzado a nevar. Los mendigos aun caminaban silenciosos. Silenciosa caía también la nieve. La airosa silueta del gótico castillo borrábase en los aires al través de la blancura de los ampos. La esperanza, sin embargo, alentaba el corazón de los mendigos. Pero ya la noche cernía sobre la soledad del bosque la negrura de sus alas; ya la nieve había borrado las veredas y senderos...

Llegaron al castillo. Erguía-se como un coloso sobre una mole de rocas, resistiendo la saña de muchas centurias, y refrenando la soberbia del torrente que se estrellaba a sus pies pavorosamente rugiendo.

Tanta grandeza asustó al niño por unos instantes, haciéndole olvidar el frío. Nunca había visto castillos que escalan el cielo con sus torres almenadas; nunca torrentes, que con sus aguas estrepitosas se despeñan. Las sombras de la noche aumentaban aquella terrífica grandeza que infundía miedo y recelo.

Llamaron a las puertas.

—Albergue, señor, en esta noche de ventis-co!—exclamó la madre con voz dolorida; pero

los ecos del aldabón fueron a perderse, sin respuesta, por las cercanas montañas.

— ¡Ay, madre, no nos oyen! — dijo el niño con triste acento.

— No nos quieren oír, hijo mío...

Los dos mendigos, cansados de llamar, se alejaron del castillo, en donde moraba la luz, el calor, la dicha, el placer, la felicidad... para solo ver caer la nieve y oír los gemidos del viento al agitar las ramas de los árboles...

III

Pasaron las horas. Ya no nevaba. La noche había desplegado su manto de titilantes estrellas. La luna elevábase por el cerúleo espacio del firmamento. Los árboles extendían sus negras sombras. El gótico castillo se destacaba sobre el azul oscuro del cielo, como un escorzo fantástico. El medroso ruido del torrente se oía cada vez más lejos...

La mendiga seguía el curso del arroyo formado por las aguas del torrente. Luisín seguía las huellas que su madre marcaba al pisar la nieve; pero fatigado de andar sin reposo, flaqueándole las piernas y sintiéndose desfallecer por momentos, preguntó angustiado:

— ¡Madre! ¿esta noche en dónde dormimos?

— Hijo de mi alma, en aquella cruz de piedra que allá se ve en el llano, dormiremos — contestó la pobre ahogando en la garganta los sollozos.

Llegaron a la cruz. Alzábase esbelta y majestuosa en la orilla del arroyo, el agua besaba con manso murmurio la última grada. Barrida la nieve, la madre se reclinó sobre la cruz, resguardando del vendaval a su hijo en el amoroso regazo.

Y dispusiéronse a rezar con fervor las acostumbradas oraciones de la noche.

— ¡Yo tiemblo de frío, madre, tiemblo de frío! Si nos hubiese dado albergue el señor de la fortaleza... ¡Qué despiadado era aquel hombre!

— Consuélate, hijo de mi alma, consuélate — contestó la madre a duras penas. — Siempre ha habido hombres sin piedad, hombres muy malos. Hombres hubo, que para que naciera nuestro divino Jesús en una noche como ésta de frío, solo le dejaron un miserable pesebre. Hombres hubo, que para que nuestro Salvador muriera, le colgaron con ignominia de una vil cruz. Desde entonces, hijo mío, abrió la cruz sus brazos para cobijar a los infelices. Mira, Luisín, cómo nos los tiende cariñosa ésta cuan-

do todos nos abandonan y desamparan. ¡Otra cruz, hijo de mi vida, guarda bajo sus brazos lo que más amo después de tí en este mundo: la tumba de tu padre!...

La mujer rompió a llorar estrechando fuertemente a su hijo. También lloraba el pobre Luisín.

— ¡Ay, madre, yo me muero de frío, me muero de frío!

Y los labios de Luisín, rojizos antes como los pétalos de una amapola, comenzaron a volverse cárdenos como las hojas de un lirio. El frío intenso de la helada iba plegando sus párpados, como la flor, al morir, las mustias hojas,

— ¡Hijo de mis entrañas! — exclamó la madre deshecha en amargo llanto. — ¡En mi regazo, con gozo inefable te arrullaba cuando naciste! ¡En mi regazo, con indecible pena te veo morir! ¡Hijo de mis entrañas! ¡Duérmete en mis brazos, que ya despertarás en los suavísimos de otra Madre allá arriba en el cielo!...

Y los labios casi helados de Luisín balbucearon trémulos por última vez!

— ¡Sí, madre... de mi alma! ¡quiero ir... al cielo..., al cie...lo!...

Aquella dolorida madre depositó llorando en la frente helada de su hijo el postrer prolonga-

do beso que le inspiró su acendrado amor de madre. Volvió sus ojos arrasados en lágrimas dolorosas a lo alto de la cruz. Buscaba la imagen consoladora del Redentor crucificado, y vislumbrándola entre los resplandores de su viva fe, exclamó en un esfuerzo supremo:

— ¡Jesús, amor mío, llévame a mí también al cielo!

Y poco después se apagó su voz como se desvanece en el viento un lejano sonido.

El arroyo murmuraba más triste. La luna enviaba más pálidos sus rayos indecisos.

El viento gemía tristísimamente en los bordes de la cruz majestuosa...

La nieve no caía, pero aún zumbaba el viento al doblar las cumbres y se oía el crujir de las ramas de los árboles.

IV

Amaneció la aurora. Un azul riente embellecía el cielo. El sol comenzaba a elevarse por el espacio, derramando calor y vida. La tierra semejava una blanquísima cortina de encaje. El gótico castillo, morada del placer y después del remordimiento, descollaba sobre el bosque,

engalanado con flecos de brillantes carámbanos.

Ya no simulaba el color del cielo un inmenso crespón plumizo, ni gemía el viento al doblar las cumbres, ni se oía el crujir de las ramas desnudas de los árboles.





EL HAZ DE LEÑA

Recostada poéticamente, cara al sol, en una risueña ladera, mostraba sus modestos encantos la solitaria aldea de Nazaret. A sus pies se extendía, cual mullida alfombra, una lozana pradera tapizada de margaritas, anémonas y tulipanes, y en las faldas de la colina formaban encajes caprichosos los granados de rojas flores y los olivos, las airosas palmeras y los cedros aromáticos.

Nazaret significa flor; no por las muchas y variadas que hermosean sus huertos y cercanías, sino por brotar en su suelo la bellísima Rosa de la raíz de Jessé, la Virgen purísima.

Allí, en una pobre casita blanca, limpia como el armiño, adornada por los pámpanos de frondosas vides, vivía la Virgen-Madre con su Hijo-Dios y su castísimo esposo San José. Allí

moraba la Sagrada Familia, retirada del mundo, y confundida entre los campesinos nazarenos, como las humildes violetas que abrían en las márgenes del Cisón su morada corola, embalsamando el ambiente con su delicada fragancia.

¡Qué hermosas escenas pasarían en aquel suavísimo hogar de Nazaret! El Evangelio nada nos dice, pero ¡qué cuadros más encantadores nos ha pintado la piadosa leyenda!

I

Veníase a buen andar el invierno.

El viento del Norte comenzaba a gemir en los terebintos que coronaban los altozanos; el torrente Cisón engrosaba su caudal con las últimas lluvias otoñales; sombrías nubes iban apareciendo ya en el cielo, como precursoras de días muy fríos.

—Jesús, hijo mío—dijo una tarde la Virgen Santísima al Niño Dios.—Ha sido desapacible el otoño y hace presagiar un invierno muy crudo. Las astillas del taller no bastarán para calentarnos cuando zumbe airado el viento por las noches y cubra la nieve los caminos. ¿Quieres ir, Hijo mío al bosque para traer un haz de leña?

Estampó, al decir esto, la Virgen María un beso en la frente de su divino Hijo orlada por enortijados bucles de oro, y como los anhelos de Jesús no eran otros que los de complacer a su cariñosísima Madre, echó al hombro una sogá y fué contentísimo camino del bosque. Rebuscó palos y ramas secas desgajadas de los árboles y ató el haz. Le cargó a la espalda y, al salir de la espesura, paróse a descansar en un peñasco cubierto de un manto de musgo, sirviéndole de rústico dosel unas cuantas matas de marchitas madreselvas.

Pasaba entonces por allí un viajero desconocido que, prendado de la belleza extraordinaria de aquel Niño, vestido de azul como el cielo, blanco como la luna que alzábase ya sobre el horizonte, y rubio como el sol poniente que le doraba con sus últimos reflejos, no pudo menos de exclamar:

—¿Cómo te llamas, hermoso Niño?

—Jesús.

—¿Cuál es tu patria?

—El cielo.

—¿Quién te dió el ser?

—El amor.

Maravillado el viajero de tales respuestas, después de limpiarle el sudor, que semejaba ri-

cas perlas, continuó preguntándole, aguijoneado por la curiosidad.

—¿Cómo vienes descalzo? ¡Pobrecillo! Los abrojos y las espinas te van a lastimar los pies.

—Es lo que busco, el dolor.

—¿El dolor? Pues dime, querido Niño, ¿por qué quieres padecer?

—Por salvar a los hombres.

—¿A los hombres? ¡Si son tan ingratos!

—No importa. Quiero atraerlos a Mí.

—¡Ah! Entonces quieres...

—Que me des el corazón.

—Mi corazón entero es tuyo, Jesús.

Cargó el viajero con el haz de leña y echaron a andar.

Anohecía. La última paloma de las riberas del Cisón se refugiaba en la espesura; el viento, saturado de aromas campestres, traía en su seno los balidos de los rebaños, que abandonaban el hospitalario abrigo de los sauces, para guarecerse en los establos de Nazaret. Cuando llegaron a las orillas del cristalino arroyo que corría cerca de la aldea, tomó Jesús el haz sobre sus espaldas y habló así al ignorado viajero:

—Soy el galardonador de los buenos y quiero pagarte la caridad que has hecho conmigo.

Vendrá un día en que estará triste mi corazón; tendré que llevar una carga muy pesada, y desfallecerán mis fuerzas. Pues bien: quiero que tengas entonces el consuelo de ayudarme a llevar otro haz de leña. Ahora prosigue tu camino. Dios te bendice viajero.

Dijo: y vuelto para Nazaret, se dispuso a cruzar el arroyo cristalino. Contemplábale extasiado el hombre, gozándose en verle saltar de piedra en piedra. Alguna vez se resbalaba, y el agua presurosa besábale los blanquísimos y torneados pies. El viajero permaneció del otro lado del arroyo, enteramente inmóvil, hasta que vió esfumarse, a lo lejos del valle, al encantador Niño, que le llevaba el corazón.

Era ya de noche.

Cuando Jesús entraba en Nazaret extinguíase el último albor crepuscular, y aparecían en el firmamento, en bellissimo desorden, las estrellas.

II

Había llegado la plenitud de los tiempos. La ciudad de los Profetas iba a consumir el mayor de los crímenes. Un viento húmedo y frío llevaba en sus alas por las calles de Jerusalén

las voces de los malvados fariseos, enronquecidos de gritar: «¡Al Gólgota con Jesús». La estúpida mechedumbre, azuzada por la perfidia de los sacerdotes judáicos, repetía ebria de locura: «Sí, sí, ¡Al Gólgota con Jesús!»

La multitud se revolvía trabajosamente en las calles de la ciudad ingrata, conduciendo a empellones al Salvador por las más tortuosas y de más empinada pendiente.

Cuando salían de la ciudad por la puerta de los Huertos estaba ya el Redentor abrumado por el peso del madero, rendido por la violencia de los golpes, y sus pies, cubiertos de heridas, vacilaron, cayendo en tierra el pacientísimo Jesús. Venía en aquel momento de labrar su hacienda un hombre que no había querido mezclarse en el horrendo crimen de la ciudad; y al verle el pueblo, que tenía sed de la sangre del Justo, le obligó a llevar la pesada carga de Jesús, temiendo no se les muriese antes de la bárbara escena de la crucifixión. Rehusaba el labriego el tomar la cruz; más al ver al Salvador con la frente lacerada por agudas espinas, con los ojos nublados y hundidos, con el rostro cubierto de renegridos surcos de sangre, con los labios cárdenos y lívidos..., sin saber por qué se acordó de un Niño muy hermoso

que, vestido de azul como el cielo, blanco como la luna y rubio como el sol, había visto en Nazaret; y se acordó de que habíale prometido el consuelo de volverle a ayudar, cuando su corazón estuviese triste y falto de fuerzas su cuerpo. Miró atentamente a Jesús, y ¡quién sabe lo que en su alma pasaría! se abrazó llorando al tosco ma lero, besándole y empapándole con sus abundantes y ardorosas lágrimas.

La promesa se había cumplido. El desconocido viajero caminaba en pos del atribulado Jesús con un haz de leña muy pesado...

.

III

Absorto Simón de Cirene en tristes pensamientos, alejábase de la cima del Gólgota. No quería presenciar la muerte del Hijo de Dios, ni ver apurar a su dolorida Madre la postrera gota del cáliz de la amargura. La gritería de la tumultuosa plebe iba desapareciendo poco a poco; mas cuando llegaba al silencioso valle de Josafat, de repente, empezó a ver fenómenos espantables. El sol trocábase pálido, recogiendo los rayos de su luz; negras nubes avanzaban por el Oriente con rapidez vertiginosa; las ti-

nieblas caían de las montañas en tropeles invadiendo los campos; teñíase en sangre la luna; la tierra se desmayaba; quebrantábanse las breñas y cuarteábanse los montes; el viento bramaba furioso; el rayo hendía súbito la obscuridad, iluminando tristemente aquel cuadro por extremo imponente, y el ronco trueno, con fragor insólito, rodaba amenazador sobre la ciudad de Jerusalén, a la que remordía ya la malicia de su inaudito crimen.

Simón de Cirene no osaba levantar el rostro, que tenía pegado a la tierra, y pedía incesantemente perdón para la ciudad deicida, aterrorizado por el sin igual desconcierto del pavoroso cataclismo y por el horrisono fragor de la jamás vista escena con que terminó el hecho más memorable que presenciaron los siglos: ¡el espirar de un Dios!

IV

Alzó Simón el rostro, pasadas las señales de dolor de la naturaleza, y presentósele a la vista el monte Calvario en su severa majestad. Era la hora en que moría la tarde. Un rojizo crepúsculo de puesta de sol tempestuosa iluminaba las tres cruces. De pie, cerca de la del

Salvador, estaba María, anegada en un mar de acerbos dolores. Acompañábanla algunas piadosas mujeres. Poco más allá, en un oscuro grupo, brillaban las lanzas y los cascos del Centurión y de los soldados romanos. En lo restante... ¡silencio y soledad!

Simón, hondamente conmovido, se levantó de la tierra y dirigió sus pasos a Jerusalén.

—Desdichada ciudad—decía—que has dado muerte a tu Dios y Señor! ¡Dichoso de mí que le he ayudado a llevar la Cruz afrentosa!...

Anduvo en silencio un rato, y añadió:

—¡Ah! Mi corazón no se engañaba. Aquel hermoso Niño de Nazaret verdaderamente era el Hijo de Dios...





La “corrida” de la prensa

¡A la Plaza de Toros! gritaba frenética la abigarrada muchedumbre con la animación de los mejores días de Lagartijo o del Guerra. Deslizóse la multitud entre ruido y alborozo por la calle de Alcalá, y poco después estrujábase como sardinas en banasta en las enormes gradas del circo.

La Plaza, verdaderamente, estaba hermosa. A vista de pájaro semejaba, al decir de un periodista novel, una estupenda flor de polícroma corola y negros estambres. Los estambres eran los innumerables periodistas madrileños y provincianos que ocupaban casi por entero el redondel, acomodados en lo que pudiéramos llamar las butacas de aquel improvisado teatro al aire libre, en donde iba a representarse una función original: la *corrida* de la Prensa.

Contra costumbre, el despejo de Plaza y paseo de la cuadrilla la «cuadrilla» en el caso presente estaba compuesta de los periodistas susodichos «ex omni genere piscium») se dejaron, con buen acuerdo, para lo último.

¿Qué suceso tan anormal e inopinado ocurría? Pues... que sin saber cómo ni cuándo había llegado a Madrid el propio don Quijote en persona ¡pásmese el lector! dispuesto nada menos que a armarse Caballero de la Prensa aquella misma tarde. Sancho Pancha, no obstante su voluminoso abdomen, recibiría con todas las de la ley, la *alternativa* de reporter...

Momentos antes de entrar en el circo don Quijote hubo una ansiedad indescriptible; así es que al aparecer en el ruedo la figura enjuta del Ingenioso Hidalgo, caballero en el famoso Rocinante, una tempestad de aplausos y vítores hizo retemblar la Plaza. El escudero hizo su entrada en el Rucio, agitando la consabida bota en señal de agradecimiento, y al instante, en medio del vocerío miles de, brazos con otras tantas botas se enarbolaron por el aire. Fué aquél un recibimiento digno de Sancho Panza.

Para ganar tiempo, hay que pasar por alto los festejos extraordinarios que se *organizaron* en honra del insigne huespéd de la Mancha,

así como los discursos *colosales* que le endilgaron los *trusteros* en nombre de la *opinión*, y aun los graciosos incidentes que con esto de la *opinión* mediaron entre el pueblo de las gradas y los *trusteros*. Bástele saborear al curioso lector el imponderable discurso de don Quijote, a quien pareció más conveniente hablar desde los flacos lomos del émulo de Babiaca. El discurso está fielmente tomado de un periódico católico, según el cual, prestado el silencio, comenzó don Quijote a decir sosegadamente y con voz sonora, como si hubiese estado hablando a los cabreros:

«Dichosa edad y siglo dichoso aquél que vió el brillo de mis invencibles armas y adonde salió a luz la historia de mis celebradas desventuras. (Espectación: los taquígrafos escriben ávidos, nerviosos.) No sin mucha causa los cronistas le han puesto el nombre de dorado, y no por el oro que a los españoles en magnífica abundancia el Nuevo Mundo les ofrecía, sino porque todo era grande en aquella edad venturosa. (Aplausos cerrados; lluvia de sombreros; los periodistas aguantan resignados el chaparrón de aquella nube de entusiasmo popular.) Desdichada edad y siglo desdichado el vuestro. (Rumores entre la gente de pluma.) que contempla a la señora de las naciones mal-

trecha y abatida, rota la corona y recogido el manto que a dos mundos cobijaba, (Sensación)

«Privilegio ha sido del cielo, amigos míos, que venga a remediar los presentes males, que a la Patria afligen, el esfuerzo de mi indomable brazo. Es de los usos cambiar con los tiempos, y como para ventura de todos yacen en la huesa donde di con ellos los caballeros andantes, es gusto mío ahora el armarme Caballero de la nueva Orden de la Prensa (¡Bravo! ¡Bien, bien!) porque tengo para mí que la palanca que el físico imaginó para mover el mundo no es otra más que el periódico. (Ovación estruendosa.) No hay poder por lo que tengo visto, que al de la Prensa se le iguale, ni maestro que a su voz se oponga. Pronuncia leyes a su talante, cambia las costumbres, tuerce el curso de la vida, y tal es, en fin, su eficacia que sólo cabe escoger entre los dos extremos: o la Prensa o la muerte; escribir o morir. (Ovación mayúscula, los periodistas baten palmas de pie; uno de ellos el más «imparcial» hace a don Quijote en nombre de todos una «genuflexión dorsal», suerte difícil, pero al fin y al cabo la hizo.) Abandonar el campo guerrero de la Prensa y esforzarse en luchar fuera de su estadio es acometer ridículamente, como yo en mi pasada locura, a las aspas de los molinos de viento, y dar, a tontas y a locas, cuchilladas a los cue-

ros de vino. (Ovación de padre y señor mío. Sancho se contagia del entusiasmo y se sale de sus casillas, yéndosele, en uno de los aspavientos, la bota, pero la recoge al momento un periodista muy significado y de mucha «cháchara», y se la entrega a Sancho, no sin antes haberla dado un buen tiento. El público se enterar del incidente de la bota y pide a grito pelado la vuelta al redondel. Sancho, llevado de la mano del periodista de la «cháchara», da la vuelta al ruedo, como si fuese el propio Bomba o el mismísimo Machaco. Menudean las libaciones y se recrudecen los aplausos. ¡Oh poder mágico de los cueros de vino evocados por don Quijote!)

«Cábeme la dicha—prosigue el Ingenioso Hidalgo—y de ello hago gala, amigos míos, de ser en adelante vuestro Catón y habéis por ello de darme albricias, y gracias al cielo; porque nadie con más justa causa puede aconsejaros y ser norte que os saque a seguro puerto en el revuelto golfo de las lecturas. El más eficaz escarmiento es el en cabeza propia recibido. Renombre de *Bueno* me dieron mis costumbres, mas, por darme a leer con desmedido gusto los malos libros, vine a perder el juicio del todo y a dar en la jamás vista locura; que no otra cosa se saca de ellos, así como de los malos periódicos y de las malas revistas, esto es, secárseles el cerebro a los lectores. Muestras de asentimiento en algunos periodistas. ¡Muy bien, muy bien! en la mayoría de... los tendidos.)

«Quiero amigos míos, aconsejaros. Por lo que al lenguaje mira, con pena he visto el desdoro del castellano con que fueron escritas mis hazañas; de aquel castellano que era un encanto y daba gloria oírle. Me cuesta el decirlo: vosotros le desconocéis y es necesario restaurar el de vuestro uso cotidiano. (Risas en las gradas. Los periodistas, de vergüenza, se sonrojan. Murmullos y comentarios para todos los gustos. La función se anima.)

»Fuerza es deciros la verdad y en callarla os haría manifiesto agravio. Por que a las ideas toca, primeramente como en otro tiempo y ocasión aconsejé a Sancho, se ha de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabios no podréis errar en nada. (Sancho asiente: un grupo de periodistas radicales se arrancan el cogote.) El remedio de mi locura le hallé a tiempo en la Religión consoladora, en cuyo seno tuve a dicha el morir muy a lo español y muy en cristiano. (El pueblo aplaude sinceramente: voces ¡viva don Quijote! ¡viva la raza!)

»Antes dije que vi con dolor el estropicio que habéis hecho en el idioma despojándole de su nativa alteza, y he de añadir ahora que se acrecentó al examinar los estragos que muchos de vosotros habéis causado en las ideas españolas. (Rumores fuertes y prolongados) Hacedme la merced, amigos, de escucharme, que

nunca ha sido el alboroto para enderezar entuertos y enmendar sinrazones. ¡Muy bien, muy bien! en el pueblo.)

»Los más habéis trocado las cosas con mengua del bien: al error llamáis verdad, virtud al vicio, decencia a la deshonestidad, al robo justicia; y todo contra vuestra conciencia las más de las veces, por el brillo del oro seducidos y sólo por servir a los dueños, cuyo dios—he de decirlo en el latino idioma para evitaros mayor sonrojo—«*quorum deus venter est.*» (Aumentan los rumores: conato de tumulto en un lado del redondel.) Algunos tenéis siempre en boca la palabra *libertad* para con ella encubrir el libertinaje y la licencia de costumbres; ni faltan descarados que osan manchar sus papeles con la propia inmundicia. (Protestas airadas, disputas, ruido ensordecedor. Hace don Quijote ademán de proseguir y apenas le oyen los cercanos hablar de esta manera:)

«¿Queréis oirme? ¿Dónde está la libertad de que tanto blasonáis? (Ay, don Quijote—exclama un señor diputado de la izquierda—en vano apelé yo a tal recurso en la ciudad Condal ¡el archivo de la cortesía! y por lo que ví y oí, ni la cortesía ni la libertad es patrimonio de ciertos seres que la vociferan. Voces: ¡que se callen los radicales! ¡fuera con ellos! ¡Silencio, silencio!) Peores son otros—añade con energía don Quijote prosiguiendo su discurso,—peores son otros

de alma sin fe, de corazón sin amor y de descoco tal, que de sus papeles infames ha hecho asiento y cátedra el error, la inmundicia su depósito, la dinamita— así la llamáis— la fábrica de sus explosivos. (Explosión de gritos contrarios; los periodistas se increpan, derrúmbanse las mesas, vivas y muertas, aplausos y silbidos, bravos y protestas... ¡el caos!)

»¿A qué puedo atribuir este enojo? (La voz de Don Quijote se pierde en medio de la confusión reinante y del barullo espantoso; de los teudidos salen bastones, zapatos, botellas... que vuelan por los aires con perjuicio al caer de los tupés de los periodistas revoltosos. El tumulto crece; D. Quijote se enciende de ira a la vista del espectáculo. pica espuelas al caballo y con la lanza en ristre, como en sus buenos tiempos, y dando desaforadas voces arremete contra el grupo de periodistas revolucionarios como antaño contra la manada de borregos.)

»¡Bellacos, follones, malandrines! A fe que es necesario acabar con vuestra maldita casta y con vuestros viles papeles, como acabé con los fementidos caballeros andantes y con los monstruosos libros de caballería...»

Y se entró por el grupo de periodistas radicales con tal furor y dando tales lanzadas que, efectivamente, el público, entre carcajadas y aplausos, creyó asistir a la representación del alanceamiento de los borregos por D. Quijote.

Pero sin las pedradas de los pastores,

De todo esto, Sancho Panza, que, a duras penas había cometido los puños crispados, forcejeaba cuanto podía con las piernas para hacer andar al Rucio, que todo espantado con el tumulto, levantaba la cabeza con las orejas tiesas sin dar un paso. El espectáculo era cómico a más no poder.

»Cuando canta el Abad—se le oyó gritar al cabo,—responde el sacristán.» Y diciendo y haciendo, la emprendió a botazos con los periodistas *protestantes* con tal coraje que ayudó bastante a su buen amo a ponerlos en espantosa fuga, dejando en ella acá y allá como botín, tinteros, plumas y cuartillas. El público partíase de risa. Los periodistas adictos vito-reaban a don Quijote y al intrépido escudero, que volvían hacia el público ovacionados y triunfantes de la «corrida.»

Porque aquello fué una verdadera *corrida* con su correspondiente despejo de plaza y paseo de la cuadrilla. Pocas veces la Plaza de Toros de Madrid la presencié semejante. Aquella tarde (memorable en los fastos de mis sueños) no se corrieron toros, es verdad; pero la *mala Prensa* quedó ridículamente «corrida.»

Por don Quijote y Sancho Panza...

Y corrida hubiera sido como una mona... ¡de vergüenza! Pero... ¡no la tenía!



Lengua a la «papillot»

La hora del alba sería, cuando de buenas a primeras llegó Cervantes a Madrid.

Con noticia tan *sensacional*, los *chicos* de la Prensa diéronse a urdir en el telar del periódico datos al *detall* de *actualidad* tan *palpitante*. Merced a las mil lenguas de periódicos vocingleros, ¡qué manifestación tan *imponente* se formó a gloria del autor del «Quijote!» ¡Válgame Dios, y cuántas comisiones y cuántas gentes vió pasar el bueno de don Miguel ante sí todo *emocionado* por la *colosal ovación* con que se le recibía!

¿Y los festejos que se *organizaron* a honra del Príncipe del habla castellana? Los *órganos de la opinión*, o del ruido, atronaron el espacio, convocando a jolgorio. En fiestas ardió la Villa y Corte.

Abrieron sus magníficos salones las Sociedades de recreo, como *Novelty-Sport-Club* (¡vaya un ejemplico!); *batieron el record* en el Hipódromo los más afamados *jockeys* y *sport-mans*; hubo batallas de flores en los *boulevards* y en las *avenidas*; los fenómenos de más *tronio* de la *afisión* lidiaron bravos *miuras*, poniendo banderillas como los *propios ángeles* (!) y las *propias* rosas; obsequiaron los cafés a los consumidores de *vermouts* y *bocks* con la presentación de renombradas *coupletistas* más frescas que el *biscuit glacé*; hicieron el *debut* en el regio coliseo *divas* celestiales, estrellas del *bell* canto, obligadas a *reprisar* las obras sin necesidad de *claque*; en los carteles de espectáculos abundaron los *vaudevilles*, las *varietés* y *matinés*, *chanteuses* y *gommeuses* con aligeradas *troupes*; los espléndidos *music-halls* viéronse concurridos en animados bailes y deliciosas *soirées* por jóvenes de lo más *chic*, de angelical hermosura, realzada por una atrayente *surmenage*: allí era de ver caprichosas *toilettes*, gentilísimos *sprits* y *pendantiffs* fulgorantísimos...

Ocasión tan propicia no podía menos de ser aprovechada por la *rentrée* de la sociedad aristocrática, esto es, lo más *smart*, como

quien dice, toda la *high-liffe* madrileña, para hacer su inauguración con brillantes *cause-ries* castellano-cervantinas (¡!), con un buen *buffet*, excelente *confort*, el correspondiente *fumoir* y muy sugestivas partidas de *aucción*, destronadora del *bridge* clásico (¡atizal), como éste hizo olvidar al *whits*, pero no al *golf*, con el cual pueden *golf...ear* en el campo...

¡Qué sé yo cuántos festejos hubo que el *cro-nista* no quiere darse la pena de relatar!

Pues nada se diga de los *honores dispensados* al inmortal novelista. Visitóle hecha toda una miel la *crème* de la sociedad, dándose *tono* algunas encopetadas *madames* y *ladys* con sus respectivos *zalameros* *monsieures* y y tiosos *milores*: los *leaderes* de los partidos y las *figuras* principales de los *comités* celebraron con Cervantes largos *interviews*.

Tampoco es para pasado el agasajo de los redactores y *reporters* del *trust*... Condujéronle al *restaurant* más a la *dernier*, y allí le obsequiaron con un *lunch* exquisito; los periodistas ostentaban orgullosos en la solapa, a guisa de condecoración, el *carnet*. El *menú* del opíparo *almuerzo* con que le regalaron más tarde en el *Hotel France* fué escogidísimo y servido a la perfección en mesa Luis XV,

por sorprendentes corbeilles y delicados bouquets adornada, todo ello *haciendo* artístico pendant...

Y ¡qué brindis al descorcharse el *champagne*! Los chicos mutuamente se *dieron la palabra*, se *dirigieron la palabra*, y también ¡qué caramba! se *la tomaron* (!)

Con la copa del espumoso líquido extranjero en mano blasonaron de cervantistas furibundos; pero bien comprendió el ingenioso don Miguel que eran unos quijotescos hablistanes, que por boca de ganso galiparlaban...

Es lo que se diría Cervantes, cuando a solas revolvió el fárrago de periódicos a él dedicados aparatosamente, vestidos de gala, con suaves tintas, orlas admirables, finísimos grabados, papel satinado, pero ¡ay! también desatinado, corriendo parejas con la forma el fondo: ¡Periódicos ilustrados! ¿En dónde su ilustración? Hacíanse lenguas de la galanura del habla de Cervantes, del genial frescor y viveza que campean a su decir por el inimitable «Quijote», y ellos... se revolcaban muy a gusto suyo en los bajos chapatales de la gabachería.

¡Bocadillos de paté de fois-gras! vió escrito

al comienzo del *menú* aderezado con la salsa de apetitosos *hors d'œuvre*; y sin poder descifrar el jeroglífico, los *bocadillos* le quedaron con la boca abierta.

¡*Cotelettes de mouton con «asperges!»*, y no vió por parte ninguna el hisopo.

¡*Samvischs de Roasbeff* con trufas! ¡*Plum-pudding!* ¡*Vol-au-vent!*, de lo que se quedó... en ayunas.

¡Sopa de *purée* de... judías!, que le pareció una verdadera judiada.

¡*Consommé* de... morcilla francesa!, cosa muy natural: morcilla habían de darle en la tripa de aquellos estrafalarios nombres.

¡Pescadillas al *gratin!* de lo que no pescó tampoco nada.

¡Lengua ¡¡a la *papillot!*!...

— ¡Lengua estropeada! mejor hicierais de llamarla — dijo fuera de sí Cervantes, sin poder contener su justo y subido enojo. ¿Cómo hubiera comido a él saberlo, de tales desaguizados, preparados por el artificio de tan descomedidos malandrines periodiqueros?

Fuerza era descolgar la empolvada péñola con que había escrito el sin par «Quijote», y deshacer la autoridad y cabida que tenían en el mundo los periódicos, modernos libros de

caballería, por lo que toca no tanto al estropicio del lenguaje, como al relajamiento de las costumbres. Menester era concluir con tales papeles, dando con ellos en el lugar bochornoso en donde la fementida Altisidora vió a los diablos jugar con libros a la pelota.

Descolgó, pues, de la espetera consabida su bien tajada pluma, «de ninguno tocada», y vinole en gana hacer, primero, un escrutinio semejante al de la librería del Hidalgo de la Mancha.

Y lo puso en efecto; mas se cansó pronto y lo dejó como inútil tarea. Pensó formar un Diccionario de voces clásicas y castizas de la antigüedad por la necesidad que de ellas había puesto manos a la obra, y cambió asimismo de parecer. Lo acertado sería recopilar los disparates de los periódicos y componer, con la justacorrespondencia de vocablos, un enorme *Disparatorio*.

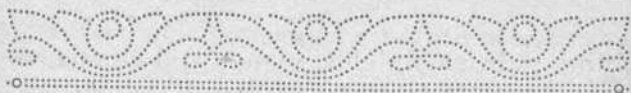
Dicho y hecho: mas fueron tantos y tan grandes los dislates que iba recogiendo, tantas las voces adulteradas sin su genuina acepción, tan escasos los verdaderos hispanismos, los galicismos y extranjerismos tan frecuentes, tan manchada con tantas y tan feas pecas y verrugas la hermosa faz del patrio idioma, que la

pluma se le cayó de la mano y el alma a los pies, encendiéndosele las mejillas de vergüenza. Es fama que entonces dijo:

Si el usar vocablos y locuciones al limpio lenguaje extrañas es barbarismo, estos periodistas barbarizan a tajo y destajo. ¡Los que tal hacen son unos bárbaros!

Y colgando de nuevo la pluma sin igual en el hilo de alambre, desapareció con enfado de Madrid, por arte de birlibirloque.





La eficacia de una oración

I

¡Pobre Clemente! ¡Qué bueno, guapo y simpático era! No podía escogerse mozo más bizarro entre los muchos de que se ufanaba el pueblo.

Venía de perlas el nombre por ser compasivo en demasía. Dadivoso por excelencia, no había miseria que no aliviara ni lágrimas que no enjugase. Formado su corazón en el molde de la virtud, a honra tenía el practicar los consejos que recibiera al amor del cristiano hogar de sus piadosos padres, lo mismo en el pueblo propio, que en los limítrofes, a donde le llevaban los trajines del comercio.

Contribuía mucho a que se conservase tan buen cristiano como real mozo la compañía del

seminarista Agustín, primo suyo, a quien desde la niñez quería en extremo. Y ya hojeando libros y revistas en el cuarto del estudiante, ya en pláticas sosegadas de paseo por las afueras del pueblo, iba recibiendo la ilustración que Agustín poseía y comunicándosele a la par insensiblemente las aficiones honestas del joven levita, que vino a ser el confidente único de sus más íntimos secretos, el amigo fiel a quien abría siempre de par en par las puertas del alma.

Agustín, en correspondencia justa, pagábale en la misma moneda. Eran dos almas hermanas.

II

Un vientecillo desagradable que se levantó en el paseo los obligó a resguardarse tras las medio derruidas tápias del camposanto. La hora misteriosa del ocaso y más que nada el lugar donde se hallaban dió aquella tarde matiz religioso a la acostumbrada charla. Divisábase desde allí, a lo lejos, el oscuro contorno de Benavente, adonde acudía Clemente con frecuencia a la compra del géneros. Destacábanse sobre la franja encendida del crepúsculo

los dos grandiosos monumentos de la histórica villa: el templo de Santa María y los restos de la Fortaleza. Sobre ellos recayó a última hora la conversación.

— Esos dos monumentos — decía Agustín con el entusiasmo de siempre — compendían y cifran nuestra historia.

Los he visto en casi todas las antiguas villas de alguna importancia en la historia de nuestra Tierra como Valderas, Villalpando, Aguilar, Vallalba del Alcor, Urueña, Torrelobatón y en tantas otras. Castillos y fortalezas, es decir, esfuerzos de titanes, cuya fe roqueña era mayor que las montañas artificiales que levantaban. Templos de Santa María, es decir, testimonios de amor sin tacha a la Virgen Inmaculada, invicta Judit de los españoles, de quien se pudo con toda razón decir:

Invocándola España en su gloria,
dió feliz a dos mundos la ley,
y voló de victoria en victoria
y de cada español hizo un rey.

Entusiasmado ya del todo Agustín hubiera improvisado en loor de la excelsa Patrona de España un discurso hecho y derecho, a no ser la dulce campana del Angelus que los hizo re-

ligiosamente descubrir y rezar de cara a la morada de los que fueron la acostumbrada oración de ánimas aprendida en el cristiano hogar.

—Levantamos el campo, Agustín?—pues ya refresca demasiado la noche. A casita a rezar el Santo Rosario al amor de la lumbre, a cenar, y a la cama que no son tiempos estos para salir de ronda.

—A casa, afirmó Agustín, disponiéndose a la marcha, pero añadió:—puesto que religiosa ha sido la conversación esta tarde y acabas de indicar que vas a ir luego a la camita sin ronda, voy a enseñarte una rústica oración—como compuesta por quien no conocía bien la lengua castellana—con el fin de que la reces para poner término a las tareas del día y entregar el cuerpo al reparador descanso.

—A ver, a ver.

—El ejemplar religioso que nos la enseñó en mis buenos tiempos de Colegio nos decía: Cuando después de acostaditos y bien arrebujados en la ropa de la cama, y rezadas las oraciones de la noche, os dispongáis a dormir, deben vuestros labios exhalar esta última plegaria:

*Virgen Santísima
vuestro siervo soy
con vuestro permiso
a dormirme voy.*

Desde que el buen religioso, que santa gloria haya, nos la enseñó, yo no he dejado de repetirla todas las noches.

Calló Agustín y quedó pensativo Clemente. Poco después entraban ambos en el pueblo, anochecido ya.

III

El tiempo se le deslizaba a Clemente siendo bien querido de todos; no sólo de los suyos, sino de cuantos le hablaban y conocían. El pueblo tenía en él puesta su honra, su encanto la familia, y los padres su felicidad; pero ¡ay! ¡cruza ésta muy veloz por el haz de la tierra!

Una tarde volvió enfermo Clemente del trabajo. La muerte sentóse inexorable a la cabecera del lecho con la corva guadaña en la diestra, contando con su reloj de arena las breves horas de aquel lozano vivir. La enfermedad rechazó desdeñosa los remedios, y tanto empeoró el enfermo, entrada ya la noche, que se vió precisado el facultativo a disponer que le administrasen, sin pérdida de tiempo, la Extrema-Unión: ¡la Ciencia, vencida por el mal, se retiró mustia y congojosa del lecho del moribundo, para dejar que se acercase la Religión con la

sonrisa consoladora de la esperanza, con la dulce sonrisa de la misericordia.

—¡La Extrema-Unción!—prorrumpió en sollozos la madre!—¡y sin pérdida de tiempo! ¡Y se nos, marcha este hijo del alma sin llevar consigo al Señor! ¡Oh, no!: ¡Volad! ¡Llamad al señor Cura, que traiga el Santo Viático a esta desgraciada casa!...

Poco después salía del templo el Sacerdote llevando en sus manos al Rey del cielo y de la tierra. El cielo le alumbraba con las estrellas más hermosas y de más nítido fulgor; la tierra enmudecía asombrada, como si quisiera demostrar a los mortales con su augusto silencio el acatamiento al Supremo Hacedor de todas las cosas. Un crecido número de fieles precedían al Sacerdote, derramando un reguero de luz con candelas encendidas, adorando los secretos juicios del Autor de la vida y de la muerte...

Recibió Clemente con grandísimo fervor el Santo Viático, y se quedó dormido. Jamás estuvo su rostro tan hermoso. El fuego de la fiebre habíale pintado la faz de un bellissimo color de rosa, el color de la caridad...

IV

Con la sorpresa espantosa del rayo cayó en Agustín la noticia infausta de la gravedad de su primo. Salió del Seminario, y voló al pueblo con el corazón herido y llena el alma de tristes presentimientos.

Espiéndida estaba la mañana; el cielo raso y limpio; más al llegar a las cercanías del poblado, una ligera nube flotaba sobre él, envolviendo las casas en un manto de sombras. ¡Parecíale a Agustín que el pueblo se había vestido ya de luto! ¡Cuánto sufrió al entrar en la habitación, en donde iba a ver morir seguramente a su queridísimo primo! La ventana, un poco entreabierta, dejaba pasar por entre las cortinas una escasa luz, que se esparcía tristemente por la estancia.

— ¡Clemente! — exclamó Agustín con voz entrecortada por el dolor. — Y no pudo decir más; las palabras se le anudaron en la garganta, y las lágrimas le arrasaron los ojos.

Abrió Clemente los suyos, y al ver delante a Agustín el amigo del alma en quien había desahogado sus penas y contado sus cuitas en cariñosos coloquios, recordando, tal vez, esto, le habló así, con dejos de indecible ternura:

—Me confesaron ya, querido Agustín; anoche, el Divino Señor se dignó venir a visitarme, y le recibí con lágrimas de agradecimiento, rodeado de todos los seres queridos. Sólo faltabas tú. Creí que no llegabas... También me acompañaron mis buenos amigos del pueblo. No sé cómo supieron la noticia a aquella hora de la noche; lo cierto es que yo los ví a todos. Estaban de rodillas alrededor de la cama todos, y todos respondían conmigo las preguntas que solemnemente me hacía el Sacerdote...

Mis padres están resignados; acatan humildes los inescrutables designios de Dios... También yo estoy resignado; pero... me muero Agustín... me muero...

Cerró tranquilamente los párpados, y no pudieron estos contener dos gruesas lágrimas, que rodaron por las mejillas encendidas y abrasadas por la fiebre que le consumía.

—¡Animo, Clemente!—le dijo Agustín haciendo un esfuerzo sobrehumano—no pierdas la esperanza. ¿Quién sabe lo que tiene dispuesto Dios en su infinita misericordia?

Y le siguió hablando amorosamente de la Religión y de la Virgen Santísima, trayéndole a la memoria antiguas conversaciones.

—¡La Virgen Santísima!—exclamó Clemen-

te— ¡Ah! Si yo me pusiera bueno... Ya se lo he dicho a mi madre...; mis primeros pasos serían para ir a Nuestra Señora del Camino... Sí: iría conmigo Paco... Pero... no, no... ya no puede ser... ¡Virgen María! Madre queridísima mía!... Ya no subiré a verte en el Santuario del Camino!...

Poco después entraba en la agonía. Tres hermanitos suyos, avisados por su madre para que antes de morir recibiera Clemente de ellos el último beso, penetraron en la habitación. Uno a uno los fué subiendo la madre al lecho del dolor, anegada en silencioso llanto, y uno a uno los fué besando Clemente. ¡El arrepentimiento besando a la inocencia!

— ¡Creo en Vos, Dios mío' — se le oyó decir después trabajosamente, — En Vos espero!... ¡Os amo muy de veras!... ¡Jesús mío!... ¡Divino pastor!... ¡Traed al rebaño... a este pobre-cillo... y descarrilado cordero...

Callóse un rato dejando asomar unas lágrimas por entre los caídos párpados, y levantándolos de nuevo dirigió la última lánguida mirada a sus amadísimos padres y a toda su idolatrada familia, que escuchaban consternados de rodillas, la recomendación del alma. ¡Era su último *adiós* de despedida! Cruzó luego

devotamente las manos sobre el pecho, y mirando un cuadro de la Inmaculada, exclamó pausada y dulcemente por vez postrera:

*¡Virgen Santísima,..
vuestro esclavo soy...
con vuestro permiso...
a dormirme... voy...!*

Y dejando una sonrisa dibujada en el rostro, se durmió en los brazos de la Inmaculada (1)...

Agustín lloraba desconsolado. La mirada última de su primo le había llegado hasta lo más hondo del corazón. Aquella oración que balbucearon al espirar sus labios era la que él le había enseñado para que la rezara todas las noches antes de dormirse, y acababa de recoger él mismo el fruto hasta entonces oculto de la enseñanza. Sí; no había duda: Clemente la había rezado a sus solas con el candor de un niño, echándose luego a dormir confiado en los brazos de la Virgen, a quien de seguro la había visto todas las noches sentada, risueña y complaciente, a la cabecera de su cama, formándole con su manto azul un magnífico dosel. Al menos Agustín así se le había tra-

(1) Histórico.

zado a la luz esplendorosa de una fe pura y sencilla...

V

Cuando murió Clemente ya había muerto también la tarde. Un sol frío de invierno acababa de extinguirse perezosamente tras los agudos picachos de las lejanas montañas. El pueblo sumíase poco a poco en la soledad de la noche, semejando un sepulcro inmenso, alumbrado por los reflejos mortecinos del crepúsculo, enlutado con grotescas sombrías nubes. Un frío viento de tumba llevaba por las calles los ecos lastimeros de las campanas que pedían a los fieles una oración por el muerto...

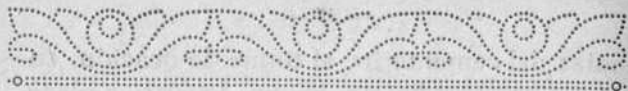
Descubrióse Agustín con religioso ademán y oró fervorosamente un rato ante el cadáver, al que alumbraban dos cirios amarillos.

Por el hueco de la ventana veíase el campo muerto y silencioso, y allá a lo lejos, en el horizonte, sobre una ancha franja del crepúsculo teñida de un vivísimo rojo encendido, vislumbró el oscuro contorno de Benavente, con los dos históricos monumentos.

Así le había contemplado Agustín la tarde dichosa en que, paseando tras las derruidas

tapias del cementerio, al toque de oración, enseñó a su queridísimo primo la rústica plegaria, con que se echó a dormir el último sueño en los brazos amorosos de la Virgen Inmaculada...





Noche de Navidad

Allá de niño, cuando por mi mucha suerte, la Providencia me puso al amparo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en un inolvidable rincón de Castilla, el antiguo Monasterio de La Santa Espina, fué cuando emborronó mi tosca pluma los primeros ensayos literarios.

Lo recuerdo como si ahora acaeciese. Uno de nuestros queridos Profesores solía, durante el curso escolar, ejercitarnos en fáciles trabajos de composición. Nos leía con voz clara y pausada una narración escogida. La escuchábamos atentos los discípulos y nos mandaba después trasladarla al cuaderno de ensayos, como a cada cual Dios le diese a entender.

Una de aquellas narraciones, que tanto me gustaban, tal encanto y atractivo produjo en mí, que pasados ya muchos años, aun conservo fresco y vivo su recuerdo.

No la he vuelto a oír de labios de nadie, ni leer en parte alguna. La acción destructora del tiempo la habrá tal vez desfigurado. No importa: hoy vuelvo a trasladarla al papel de la forma en que está en mi memoria. ¡Ojalá pudiera contrastar la poética leyenda que hoy transcribo con la que trazó mi insegura mano de niño en aquella edad venturosa!...

I

¡Qué noche aquélla tan cerrada!

La nieve descendía a la tierra en grandes y espesos copos, y el viento enfurecido la arremolinaba silbando fuertemente.

En las afueras del pueblo había una casucha pobre y destartada, remedo de un mísero establo. Una rústica lámpara humeante vacilaba tristemente dentro. A sus mortecinos reflejos veíase junto al hogar una cuna en donde yacía un niño enfermo. Sentada junto a la cuna estaba la madre con las manos entrelazadas y caídas sobre el regazo, absorta en sombríos pensamientos.

Palos y troncos, atropados acá y allá por el campo aquella tarde, consumíanse poco a poco bajo la chimenea, corriendo por ellos de vez

en cuando llamas azuladas. La lámpara humeante parpadeaba triste, y afuera gemía el viento agitando las ramas de los desnudos árboles y penetrando de vez en vez, envuelto en nieve, por los resquicios de la desvencijada puerta.

Las horas pasaban para aquella pobre mujer lentas y silenciosas...

II

De pronto, el viento, zumbando quejumbroso, llevó a la casucha el alborozado repique medio apagado de las campanas que tocaban a fiesta. Invitaban a todos a la alegre Misa de media noche.

¡Qué tristes ecos produjo en el corazón de la madre el juguetón tintineo de las campanas!

La nieve seguía cayendo, mas las puertas se abrían todas, y echaban a la gente de casa: ¡todas se abrían, menos la puerta de la humilde casucha, que permanecía cerrada!...

Enmudecieron las campanas, y quedó sólo, llamando pausadamente a los fieles, un esquilón desde lo alto de la torre. La voz del esquilón pudo llegar, dulce y cariñosa a pesar de los copos de la nieve, a los oídos de la mujer.

—¡Ven! ¡ven! ¡ven!...—parecía hablar con su lengua metálica.

Y la pobre mujer, interpretando aquel misterioso lenguaje, comenzó a decirse a sí misma:

—Todos son llamados para ver a la Virgen y al Niño Jesús, y todos van a la Iglesia esta noche.

Y añadió con resolución:

—¿Por qué no he de ir yo también? Sí, sí, Jesús curará a mi hijo; Jesús le ha de salvar.

Y se levantó decidida a marcharse. Mas al ir a besar a su hijo observó que tenía la frente fría y le vió los labios descoloridos, y la detuvo el espanto y el terror.

En aquellos momentos de indecisión y angustia sonaba en sus oídos por última vez:

—¡Vennnn! ¡vennnnn! ¡vennnnnn!...

III

Poco después se oyó crujir la puerta de la casucha, salió la mujer, y caminó a grandes pasos por las calles, llenas de nieve. Ya nadie las transitaba. El viento seguía silbando enfurecido. La pobre mujer iba diciendo por el camino con la convicción de la fe y el afianzamiento de la esperanza:

— Sí, sí: ¡Jesús curará a mi hijo! El Niño Jesús le ha de salvar!

La cura quedó sola en la pobre casucha, alumbrada por la llama de la rústica lámpara humeante que vacilaba tristemente. Por fuera ¡siempre el viento y siempre la nieve!

¡Qué noche aquélla tan cerrada!

IV

La luz del templo, no cabiendo en el recinto sagrado, derramábase afuera por los góticos ventanales y rosetones. La Iglesia por dentro semejaba una inmensa brillantísima ascua.

Cuando llegó la pobre madre a los umbrales de la iglesia, el sacerdote entonaba conmovido el *Gloria in excelsis Deo*, el canto de los Angeles que nunca suena en los oídos cristianos tan suave, ni llega nunca tanto a lo hondo del alma, como en la noche en que se conmemora el Nacimiento del Salvador del mundo.

A la voz del sacerdote se desbordó de improviso en la iglesia un torrente de júbilo y alegría. Cantaban los niños, las jóvenes y los ancianos; sonaban ruidosas las panderetas; zumbaban las zambombas; repiqueteaban las castañuelas; reíanse los caramillos, zampoñas y ra-

beles... era *gloria* todo que daban en la tierra *al Dios de las alturas los hombres de buena voluntad!*...

El Niño Jesús, reclinado en las pajas del pesebre, extendía desde el altar sus torneados bracecitos, como queriendo abrazar y estrechar a todos. La Virgen Santísima y San José le contemplaban extasiados de rodillas a los dos de la humilde cunita.

— ¡Niño querido! — exclamó la pobre madre con los ojos llenos de lágrimas.

¡Virgen adorada! ¡Madre querida...! ¡Mi hijo, mi hijo...

Y no pudo decir más. Se ahogó su voz en un hondo suspiro.

Pero la Virgen y el Niño comprendieron el resto de la oración. La Virgen parecía sonreirla tiernamente. Y la parecía también oír de los labios de coral del Niño:

¡Tu hijo está curado!

No aguardó a más. Se levantó, y voló a su casa...

V

Ya no vacilaba triste la lámpara humeante. El cuarto estaba iluminado con esplendor. En

la cuna vió recostado, alegre y sonriente, como un Niño Jesús, a su hijo del alma. Un coro de ángeles hermosos rodeaban la cuna. Cantaban unos: *¡Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus bonæ voluntatis!* Acompañaban otros el dulcísimo cántico con arpas, violines y cítaras de oro. Vestían todos túnicas largas, más blancas que los ampos de la nieve que caía del cielo aquella Noche Buena.

Y la madre, arrobada a la vista inesperada del milagro, cayó de hinojos al pie de la cuna exclamando en medio de los deliquios del éxtasis.

—*El Niño Jesús te ha salvado, hijo mío! ¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad...!*

* * *

La nieve cesó de caer. El viento calmó su furia. La llama de la rústica lámpara brillaba alegremente...





Camina la Virgen pura...

—Agüelita, nos cuente un cuento.

—¡Ande, agüelita!

Así importunaban una y otra vez a la abuela sus nietezuelos Isabelita y Vicentín tirados por el hogar, al amor de la lumbre.

La abuela haciéndose intencionadamente la desentendida, continuaba su labor de calceta cantando a media voz:

La Virgen lava pañales
y los tiende en el romero;
los pajaritos cantaban
y el agua baja riendo.

—Diga usted, agüelita—la interrumpió la candorosa niña:—¿El agua se iba riendo?

—Sí, hija; de contenta, porque en ella lavaba la Virgen la ropita del Niño Jesús.

—Pos yo nunca hei visto reirse al agua—
repuso con formalidad el otro.

—¿Queréis callaros?—dijo la anciana, no
sabiendo qué responder.

—Pos ande, agüelita, nos cuente un cuento.

—Ya os he referido el del lobo, y el de la
Caperucita roja, y el de la Cenicienta, y el de
las tres bolitas de oro... y ya no sé más.

—Pos nos cuente otro de la Virgen como
aquel tan bonito de

La Virgen se está peinando
debajo de la alameda,
sus cabellos eran de oro,
el peine era de madera.
Pasó por allí San Juan...

—Queréis callaros, críos?

—Pos ande nos cuente un cuento de la Vir-
gen y del Niño Jesús. ¡Ande agüelita!—insis-
tían a coro los dos.

Quedó vencida la abuela por los pequeños,
como acontece siempre en estos casos.

Dejó la calceta con las agujas en la cesta de
labor, se quitó las gafas, escarbó la lumbre
para hacer un calentón, y los niños se volvie-
ron ojos y oídos.

—Ea, quietecicos, que voy a empezar Ponte
tú así, y tú aquí. ¡Ajajá!

Y con voz cariñosa comenzó de esta manera:

Camina la Virgen Pura,
camina para Belén,
y en el medio del camino
pidió el Niño de beber.
¿Qué te daré, mi Niño,
qué te daré, mi Bien,
si las aguas vienen turbias
y no se pueden beber?

—¿Y se quedó el niño Jesús sin beber agua, agüelita? interrumpió Vicentín.

—¡Pobrecico! añadió Isabelita.

—Tened paciencia y ya lo sabréis. Escuchad porque si no os dejo con una cuarta de boca abierta. Conque así, chitón.

Allá arriba en aquel teso
riñas manzanas se ven,
y es un ciego el que las guardas,
dueño del lindo vergel.
—Dame una manzana, ciego,
que mi Niño tiene sed.

—Ya lo creo que se la daría ¿verá usted, agüelita? volvió a interrumpir, abriendo susher mosos ojos negros, la niña, mientras Vicentín respondía con formalidad:

—Míá que tener que andar pidiendo la Virgen, como piden de limosna los pobres un cacho pan por las casas...

—¿Queréis callaros? Si me volvéis a cortar el hilo, os dejo con un palmo de narices. ¡Caramba! Ea, a callar, y veréis lo que le dijo a la Virgen el ciego que guardaba el manzanal:

—Coja la buena Señora
las que hubiere menester.

Las ramas que estaban altas
bajaban hasta los pies

—¡Uy, qué bien! Siga agüelita, que es mu bonito eso!

Cogía de una en una,
salían de tres en tres:
cuantas cogía la Virgen
volvían a florecer.

—¡Ya lo creo! ¡Uy, qué bien!

—Estaos quietos. Ya os he dicho que calléis esa boca, que me voy a enfadar.

—No se enfade usted, agüelita, que ya no golvemos a hablar—decía con voz melosa Isabelita acariciando a su abuela y encaramándose al mismo tiempo a su cuello.

—Bueno. ¿Pues ¿adónde llegaba?

— A aquello de que las ramas se bajaban a los pies de la Virgen.

— Bien. Escarba un poco el borrajo, y haz otro calentón.

Toma, ciego, este pañuelo
y limpia los ojos con él.
Y anda y verás en casa
a tus hijos y mujer;
la mujer como una rosa,
los hijos como un clavel.

— ¡Qué güena es la Virgen! Yo la quiero mucho, agüelita!

— ¡Chist! que se enfada mi agüela...

— ¡Pos a callar!

— Ciego ¿quién te ha dado vista?
ciego ¿quién te ha dado bien?

— Ha sido la Virgen Pura
que camina «pa» Belen.

Y colorín colorao, este cuento se ha acabaó.

— ¡Qué pronto se ha acabao!

— ¡Qué güena es la Virgen, verá agüelita?

¡Qué contento se pondría el cielo!

— ¡Toma! y la mujer y los hijos!

— ¡Y tol pueblo!

— A callar que metéis más rui lo que un carro

a todo correr. Con que a ver si sois buenos y dáis limosna como el ciego del manzanal, y veréis como la Virgen y el Niño os lo pagan bien, eh?

— Sí, sí, agüelita.

— Yo también hubiá dao a la Virgen to las manzanas que hubiá querido.

— ¡Sí, que yo no!

— Bueno, bueno, así me gusta; ahora a la camica, que ya es hora de dormir.

— Pero mañana nos cuenta otro cuento, eh?

— Si sois buenos. Ahora a dormir.

Trae te quito el mandilete. Tú vete desojajando los botitos...

¿Estáis ya? A ver: «Por la — señal — de la santa — Cruz — de...

— ¿Cómo se dice ahora? que voy a apagar el candil.

— Hasta mañana, si Dios quiere, que usted descanse.

— ¡Ajajá!





LA VOZ DEL REMORDIMIENTO

No lejos del Monasterio de la Santa Espina, valle arriba, sobresale de la línea oscura del monte una modesta casa, habitación de montaneros, situada en lo alto de un cerro que forman dos valles al unirse.

El panorama que la vista abarca desde allí es hermoso. Las laderas están pobladas de verdes carrascales; abajo en el valle, por donde corre el humilde Badajoz, hay una umbría chopera donde da a la soledad el ruiseñor sus trovas y deja oír el pito sus vibrantes golpeteos; a un lado está el «Molino del Cubo», el primero de los seis que poseían los monjes; hoy el zarzamoral y la madreselva coronan sus ruinas; un rústico puente de arco sirve de tránsito para el otro lado del riachuelo, cuyas aguas

bajan bulliciosas con alegre rumor que invita a descansar al pie de los ampulosos árboles que allí extienden sus ramas; más allá se dilata, valle abajo, una llanura, y, a lo lejos, sólo se ve el valle con sus caprichosas ondulaciones entrantes y salientes.

Este poético sitio conócese con el nombre de «El Fuerte», y en torno de él gira la romántica leyenda.

I

Allá en los comienzos del siglo XII, elevábase arrogante en aquella cima la enorme mole de piedra de un castillo feudal, cuya torre del homenaje dominaba las puntas de los más orgullosos robles.

Habitábale el Conde Fernán-Flor, caballero valiente y honrado, bienhechor de sus vasallos los cuales nunca bajaban de las puertas del castillo sin recibir algún beneficio de la mano generosa del Conde. Salía éste con frecuencia, escoltado de escuderos, a escaramucear en tierra de moros, y solía volver a «El Fuerte» con buenas presas de ganados y despojos de guerra, que repartía entre sus vasallos.

Mas no le sonrió siempre la voluble fortuna.

Un día, infausto para las armas castellanías, dirigiendo el Conde sus huestes, fué sorprendido en una emboscada por un grupo de moros, quienes acribillaron su corcel a flechazos, dispersaron a los escuderos, y él mismo, aunque salvó la vida, no pudo evitar que cayese herido en manos de los sarracenos.

Cautivo de los moros el anciano conde, gimió mucho tiempo en una lóbrega y húmeda mazmorra del otro lado del Estrecho. Allí, lleno de sufrimiento, encadenados sus pies, surcada su frente por hondas arrugas, encorvado su cuerpo, más por la pesadumbre de la desgracia que por el peso de los años, cubierta su venerable cabeza y luenga barba con la nieve del invierno de la vida, esperaba tranquilo y resignado la hora de dejar, no la cárcel de la mazmorra, sino la cárcel del cuerpo en donde tenía prisionera el alma.

La noticia de la prisión del Conde cayó como un rayo en «El Fuerte»; en un impulso de noble sentimiento, hubo quien se lanzó atrevido a devolver a su señor la perdida libertad: tal fué Rodrigo uno de sus más antiguos vasallos. Venció cuantos obstáculos le salieron al paso, y con maña sin igual logró penetrar en las prisiones asegurando la salida. Mas el es-

píritu del mal le surgió en aquellos momentos una infernal idea. Le hizo ver los bienes del Conde en un montón de oro; el brillo del precioso metal cegó a Rodrigo, y ¡horrendo crimen!, en un desvarío sin nombre clavó a traición el puñal homicida en el pecho del honrado anciano, su señor. La sangre que brotó de la mortal herida aterró al perverso súbdito, y pretendiendo acallar los gritos de la conciencia arrojó al Conde en una fosa del calabozo.

Fernán-Flor espiró cristianamente, perdonando al infame vasallo...

II

Huyó despavorido el asesino, cruzando el Estrecho como un ave. Persiguiéronle embarcaciones moras, mas en vano. Sorteando mil peligros, y después de largo tiempo, llegó a «El Fuerte», que le pareció sombrío como si reflejara su mala acción; pero como el mal tiene osadía para todo, falsificó hábilmente un testamento del Conde Fernán-Flor, por el que aparecía como heredero de «El Fuerte», y con gran aparato tomó posesión de la fortaleza. Desde aquel día le llamaron el Conde don Rodrigo. Mas ¡cuán cierto es que la conciencia

arrebata la paz al malvado, y qué gráficamente su aguijoneo punzante ha sido comparado a un gusano roedor! La maldición de Dios pesaba siniestramente sobre la cabeza del falso Conde Don Rodrigo, y cuando, a juzgar por los planes de éste, íbase a abrir el reinado de la felicidad, lo que se abría de par en par era la puerta de su desdicha: el Conde Don Rodrigo, triste, pesaroso, ceñudo, iba ya recorriendo penosamente la senda del vivir.

Quiso desvanecer el clamoreo de la conciencia con el estrépito de las orgías, matar el remordimiento de su mala acción con el bullicio de los salones. ¡Todo inútil! El aguijoneo era más punzante cuando cesaba el ruido ensordecedor de los festines.

El Conde, cada vez más taciturno y meditabundo, concluyó por separarse de todos.

Aconsejáronle los amigos, para raer de su ánimo la tristeza, el alegre divertimento de las cacerías, a que era muy aficionado. Y he aquí que una tarde de invierno, cuando la cacería estaba más animada, dió una orden extraña y brusca de volver a «El Fuerte».

Una niebla fría como el alma del conde, se arrastraba por la tierra envolviéndolo todo en su denso manto. Al llegar al «Valle de las Pa-

lomas», a la izquierda de «El Fuerte», la imaginación alterada del Conde vió surgir del fondo de la niebla figuras horrendas de espectros que le aterrizaraban, sonábanle los ladridos de las jaurías como alaridos de bestias fantásticas y mentíale un lúgubre toque de próxima muerte el agudo sonido de las bocinas de los monteros. ¡Desgraciado Don Rodrigo! La justicia de la tierra no tiene cumplimiento muchas veces; pero se cumple siempre la justicia de la conciencia, que es heraldo de la del cielo.

La noche vino precipitada con la ayuda de la niebla, y en «El Fuerte», cerradas las pesadas puertas, todo quedó sumido en sepulcral silencio.

No pudo conciliar el sueño el Conde. En el fondo de las tinieblas, y entre sordos ruidos de los sótanos del castillo, vió aterrizado tomar forma luminosa a la pálida figura del venerable anciano Fernán-Flor, con la herida del pecho manando sangre, y oyó al mismo tiempo la voz de Dios que le reconvenía amorosamente por el nefando crimen. Los ojos de Don Rodrigo se arrasaron en lágrimas pesarasas y... pidió perdón.

Levantóse muy desasogado del lecho y pasó la noche paseando por el aposento, trazando

un plan de penitencia. Por la mañana muy temprano, antes de que la aurora iluminase las almenas más altas de «El Fuerte», se despojó de las vestiduras de señor, cubrióse con hábito de peregrino y sigilosamente emprendió la ruta de los Santos Lugares.

Causó asombro inaudito aquella misteriosa desaparición, y nadie supo el paradero del Conde Don Rodrigo.

¿Qué sucedió después?

Los hijos malbarataron los bienes, destinados por su padre a la restauración, y unos en pos de otros, después de una vida licenciosa, fueron muriendo trágicamente...

III

Pasaron algunos años.

Una tarde, los monjes estaban edificando su Monasterio, no lejos del castillo, cuando vieron a los postreros rayos del sol ponente venir por el valle un peregrino con su ancho sombrero, con la típica calabaza, con la esclavina de conchas... Caminaba encorvado y lentamente. Era el Conde Don Rodrigo, de vuelta de su penitente viaje a Jerusalén y Santiago de Compostela. Acariciaba el pensamiento de erigir un

Monasterio con parte de los bienes mal adquiridos, y al ver puesto en efecto su plan bendijo a la Providencia. Cuando oyó a los monjes el relato de la muerte desastrosa de sus hijos, les refirió minuciosamente su triste historia, concluyendo con estas palabras:

— ¡Bendita sea la justicia de Dios! ¡Bien merecido tengo el castigo!

Y cuenta la leyenda que rogó humildemente a los monjes, y éstos se lo otorgaron, le concedieran la gracia de trocar la esclavina del peregrino por la blanca cogulla del Císter para concluir los pocos días de vida que le restaban en expiar más y más su falta.

Así termina la leyenda de «El Fuerte», sino verdadera, verosímil, porque en su narración de fondo religioso se respira el ambiente de aquellos tiempos romancescos.





SOLO DE CLARINETE

Luis Cantaclaro, ex-redactor de la revista de sociedad «El Guante Verde» y en la actualidad profesor de clarinete... ¡servidor de ustedes!

Invitado finamente a dar un concierto a la «buena» sociedad que aquí se congrega, fuerza ha sido corresponder con pronta voluntad a tan delicada invitación. Dispuesto, pues, estoy a dejarlos a todos colgados... de mi clarinete. ¡Mi clarinete! Ya sonó el *mi*. El *mi* es la nota chillona que más desafina en el lenguaje humano. Empero, como mi clarinete está en *mi* bemol, los *míes* serán abemolados, y por ende, melodiosos, suaves. De repicapunto—salvo sea la modestia—toco el clarinete. Tan preciado instrumento no esconde secretos para mí. Aquí le tienen ustedes: de ébano y con llaves

de plata mate. Y si es un contento verle, un regalo el oírle.

No será ocioso advertir de antemano que toco el clarinete real y metafóricamente. Por tocarle por este último método hube de salir de la redacción de «El Guante» haciendo *fú* como el gato: caso peregrino, ciertamente, que merece una sucinta explicación, aunque haya de forzar la justa curiosidad ¡lo comprendo! que sentirán ustedes por escuchar el *Solo* de clarinete.

Como por averiguado tengo que nadie sube al pináculo del Templo de la Fama sin la ayuda de unas alas hechas con recortes de periódicos, como dijo uno que sabía dónde le apretaba el zapato, hice esta cuenta para mis botones cuando fué requerida mi péñola por los *chicos* de «El Guante Verde»: — De esta hecha me encaramo a la cúspide del susodicho Templo, me apodero de la magnífica trompeta de la vocinglera diosa mitológica, y flojos trompetazos épicos que voy a soltar pregonando verdades.

Entré en la redacción a música estrepitosa de bombo y platillos (instrumentos favoritos de los músicos y danzantes de cualquiera redacción) — (¡hay honrosas excepciones!) — pero

como a este humilde servidor de ustedes le gustan más que los platillos los platos, quiero decir que estoy por lo positivo, sin pagarme de apariencias, no logró entontecerme aquel ton y son de triunfo. Así es que pude, a la chita callando, aplicar los cinco sentidos y *ver* lo que pasaba entre aquellos bastidores, *oir* los comadreos de la intimidad, *oler* los perfumes de aquel tocador, *gustar* lo que se guisaba en aquella oficina, y *tocar* por fin... las consecuencias.

De ver eché al momento que la revista de sociedad, «El Guante Verde» por nombre—rótulo vulgarote de una prendería—pues lo lo mismo que «El Guante Verde» pudo haberse titulado «El Chaleco Azul», «El Pantalón Blanco» o «El Corsé Gris»,—no era sinó un receptáculo, más o menos adornado, de erótica *frivolité*. Así en lengua de gabachos, porque marchamo francés llevaba toda su mercancía de ideas anémicas y enervantes, presentadas en prosa y verso modernistas. ¿Asuntos de enjundia? Que si «El Guante Verde» apareció en el estadio de la prensa como una levantada empresa de amor y juventud de unos cuantos muchachos un poco locos y un poco soñadores; que si la razón xisde etir «El Guan-

te» era la necesidad de ofrendar un culto a la mujer en el sahumero de la poesía, siendo por eso su lema eterno *Por ellas y para ellas*, o lo que es lo mismo, que si «El Guante» se hizo para echar el *idem* a ésta, o a aquella, o a la de más allá; que si «El Guante Verde» tremola en santa (!) rebeldía la bandera gloriosa del *feminismo*, en donde están escritas las reivindicaciones de las Evas modernas, o lo que es igual el *masculinismo* femenino (!!) que lleva trazas de trocar a la bella mitad del género humano en pandillas de insufribles bachilleras y pedantes doctoras...

Eso, por lo que toca a los asuntos *trascondentes*; que si se baja a las menudencias, es cosa de caerse uno de espaldas, por lo que aconsejo a ustedes que se agarren bien. Ahí van unas muestras:

Que si en los *tes* aristocráticos del Casino la juncal Lulú *tanguea* con un «chic» insuperable lo mismo un *fox-trot* que un *one-step* o un *pas de lóups*, dejando en pañales a las pavanas y minués del tiempo de Mari Castaña; que si Margaret, la figulina de Sevres, con la gracia de sus ojeras de violeta, con el carmín de sus labios pintados y con sus cabellos de rútilo se ve obligada a atajar por docenas las

declaraciones amorosas; que si Mimí (¡ay, marmál) estaba *divina* fumando a la *negligé* un *Kedive* cuya boquilla apretaba con las perlas de sus dientecitos como si el cigarrillo ¡horror! fuese cierto pobre corazón...; que si la irreducible Frufú dió con exquisita amabilidad calabazas en compota a un apalominado Narciso que desde entonces gasta por gruesas los pañuelos para enjugarse los lagrimones; que si fué un acontecimiento en el salón de baile la entrada de la *angelical* Tula, por primera vez vestida de *largo* con uno de esos trajes cortos de a veinte centímetros con que se tapan un pedazo de pierna y otro de busto las señoras (y ¡viva el desnudodel vestido! (valga la paradoja); que si Fuláñez, tenorio empedernido cuando ve a su adorado tormento pone los ojos en blanco como carnero a medio degollar que si a Mengáñez le dan soponcios; que si a Zutáñez se le escapan... suspiros; que si el cuello del cisne de la Tal, que si los ojos de tigresa de la Cual, que si el talle, que si las orejas, que si las narices... tonterías en fin, y necesidades de unos cuantos babitontos y bobicultos.

Mas lo triste era que aquella sarta de frivolidades llenaban de viento las graciosas cabeci-

tas de jóvenes incautas cuyo corazón se derretía cual si fuese de mantequilla. Y se transformaban en alocadas mariposas multicolores que fascinadas por el foco llameante de bastardos amoríos ¡ay! se quemaban sus hermosas alas esmaltadas... Jóvenes así, serán buenas para oropeladas amigas, vestidas al último figurín, pero en modo alguno para buenas esposas de oro de ley.

Y a todo esto las *mamás*... ¡en la higuera! como bocaliconas.

No se juzgue, señores, que soy severo; no ha sido de mi gusto nunca encasquetarme el birrete de rígido moralista, antes a honra singular tuve siempre el mostrar mi limpia ejecutoria de galán cristiano y caballero que sabe deshojar madrigales a los pies de la mujer encuadrada en la quintilla del poeta:

Sencilla para pensar
prudente para sentir,
recatada para amar,
discreta para callar
y honesta para decir.

Que las hay a este antiguo patrón clásico cortadas y en más subido número del que se cree. Fragantes violetas de recogidos ribazos,

que se amuñtian al ser trasplantadas cabe las fastuosas peonías sin aroma de los jardines artificiosos, como el que cultivaban los muchachos de «El Guante Verde.»

¡Dichoso «Guante Verde!» No, era malo el Guante lo peor era lo de «Verde». Es el peligro que corren las revistas que pomposamente se titulan de sociedad: truecan con facilidad suma la o en u y degeneran en suciedad moral. En resumen: ¿Verde y con asas? me dije; ¡Hala con «El Guante» al gancho de un trapero! Y por pensar y hablar y escribir en castellano y en cristiano tuve que salir de la Redacción, no a golpe de bombo y platillo como entré, sino con cajas destempladas. Y lo tengo por desusada honra; que no he sido a Dios gracias, nunca tampoco de esos pollos pisaverdes de hongo encajado, gabán con trabilla, pantalón por los tobillos, botines blancos y zapatos de charol, retratados por el mismo poeta al agua-fuerte, de esta guisa:

¡Juy qué vestimentas.

Ves una presona
por detrás, en la calle, tan tiesa,
y endi lejus, no sabis di cierto
si es macho u es jembra...

¡Libreme Dios de convertirme en un *semi-hombre* moderno de esta catadura, aunque ellos se tengan por *super-hombres*!...

Pero ¿a cuento de qué viene esta canción? a buen seguro que alguno estará diciendo para su camisa. Pues al del *Solo de clarinete*. ¿No adelanté que tocaba este instrumento metafóricamente? Comprendo, sin embargo, la natural impaciencia de ustedes por escuchar el prometido *Solo*. Y como es deuda lo prometido, ahora mismo se recrearán con las maravillas que hago con este instrumento que tan en armonía, por su claridad, está con mi carácter. Conque háganse cuenta de que no he dicho nada, y aquí me tienen dispuesto, como al principio, a dejarlos colgados... de mi clarinete.

¡Atención suma!...

Olvidábaseme advertir que en mi repertorio extenso y variado por demás, no entra el género «chico». Con este género, a «El Guante Verde», que lo maneja a roso y velloso. Yo, señores, me codeo con Mozart, hablo de tú a Gounod y hasta me permito alguna broma con Beethoven, y con el autor de Parsifal. Digo esto porque no ha muchos días, llevóme un amigo mío a casa de otro suyo con el fin de que éste pudiese deleitarse con algunas de las